

Ideas Morales y Religiosas en Pedro Antonio de Alarcón

Leovigildo GÓMEZ AMEZCUA

Considero, de entrada, que el título de este artículo es demasiado pretencioso. Porque resulta imposible desarrollarlo satisfactoriamente dentro de los límites de esta publicación y porque, además, para lograrlo se precisaría de un estudio profundo de la materia, más propio de una "tesis" que de un ensayo. No obstante, me he decidido a acometer esta tarea, a modo de "introducción" o "boceto", por dos razones fundamentales. Primera, porque pienso que no debe omitirse este aspecto a la hora de evocar la personalidad de nuestro gran novelista, con motivo del I Centenario de su muerte. Y segunda, porque, aun admitiendo las limitaciones señaladas, hay una clara continuidad de pensamiento en la obra alarconiana, como veremos más adelante, que simplifica el trabajo y permite una visión sintetizada de la cuestión.

Hecha esta salvedad, abordo directamente el tema, con las reservas indicadas, dejando para otros, o para otra ocasión, un desarrollo más amplio y minucioso del mismo.

1. EL ENTORNO VITAL.

Si la actitud religiosa y moral de una persona depende, en gran parte, de su entorno familiar, el de Alarcón no pudo ser más claro y determinante: cuarto hijo de una familia numerosa, de cierto abolengo, pero venida a menos, cuyos padres, de firmes convicciones cristianas, le procuran —como al resto de sus nueve hermanos— una educación bien definida, dentro de la más pura ortodoxia. Nacido a la sombra de la Catedral, él mismo confiesa el influjo que ésta ("alma y vida de Guadix") produjo en su espíritu infantil:

"En ella recibí mis primeras impresiones artísticas. Ella me dio idea del poder revelador de la arquitectura; allí oí la primera música; allí admiré los primeros cuadros... Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al son del órgano, escuchando las concertadas voces de los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la ciudad... todo se me revelaba, a la manera que los fulgores de la Gloria brillan ante los ojos de los extáticos. Así, pues, las maravillas de la tierra, el sentimiento de las artes... se manifestaron en mi existencia en horas de mística devoción, y la fe y la belleza, la religiosidad y la inspiración, la ambi-

ción y la piedad, nacieron unidas en mi alma, como raudales de una sola fuente"¹.

Este contacto con la Catedral, como se ve por la cita, no influyó solamente en su sensibilidad artística, sino que contribuyó también al desarrollo de su fe, junto a otros factores, posiblemente más importantes, como el ambiente familiar y la acción directa de sus educadores.

En efecto, como él mismo confiesa en unos apuntes autobiográficos, citados por Martínez Kleiser², sus padres lo pusieron, desde muy temprana edad —a los 9 años— en contacto con la gramática latina y, poco después —a los 11— con la filosofía escolástica, a cargo de un lector franciscano (Fray José Pedro Jiménez). Tras un intento fallido de estudiar Derecho en la Universidad de Granada, Pedro Antonio regresa a Guadix y sus padres lo dirigen hacia el Seminario, donde estudia Teología y aprovecha la rica biblioteca de este centro para saciar su desbordante curiosidad intelectual. Aunque este nuevo intento se vio también trunco, ya que pronto descubrió que “no tenía vocación de sacerdote, sino de casado”, sin embargo la formación seminarística dejó profunda huella en él, configurando su personalidad cristiana, y le llevó a asimilar, intelectual y afectivamente, una imagen ideal del sacerdocio, que después volcaría, de forma admirable, en sus novelas.

Pero hay otro factor que influye poderosamente en la formación de la persona: el ambiente social. Y, empezando por el círculo más próximo, el de la ciudad, Alarcón respira desde pequeño un clima local de división de clases y grupos ideológicos que, a veces, convierte al pueblo en “un avispero de apetencias políticas, económicas, sociales...”³. Evidentemente, el joven Alarcón no ha nacido para soportar este clima. Y por ello “a los veinte años, ahorcó los hábitos y, contra la voluntad paterna, abandonó su casa el 18 de enero de 1853 y se fue a Cádiz para dirigir una revista de literatura...”⁴. Aquí se inicia una etapa, tan breve como turbulenta, que le lleva sucesivamente a Cádiz, Madrid, Granada y nuevamente Madrid. Las ideas filosóficas de la época y los acontecimientos políticos de entonces repercutieron profundamente en su espíritu y le impulsaron a implicarse, con la pluma y con su misma persona, en los incidentes revolucionarios de 1854. Todo culminó en el famoso desafío con Heriberto García de Quevedo, que se resolvió felizmente para Alarcón, pero que marcó intensamente su vida y le hizo modificar su camino de forma definitiva. Vale la pena recordar su impresionante testimonio:

(En todas las citas de Alarcón utilizaré la 2.^a edición de sus Obras Completas, Ediciones FAX, Madrid, 1954, con las siglas O.C.).

¹ *De Madrid a Nápoles*, libro X, cap. VII. O.C., pág. 1.447.

² MARTÍNEZ KLEISER, Luis: D. Pedro A. de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida. Madrid, 1942, cap. III.

³ Véase sobre este asunto el interesante estudio de Carlos ASENJO SEDANO: “El Guadix de P. A. de Alarcón”, que sirve de prólogo a la reciente edición de *El Niño de la Bola*, Guadix, 1990.

⁴ MARTÍNEZ KLEISER, L.: O.c. cap. IV.

*“A los 21 años, caballero andante de la revolución, soldado del escándalo, luché cara a cara con el poder más fuerte de mi patria, para venir a verme una mañana de Febrero, solo, en un campo desierto, a merced de mis enemigos... mientras que mis cómplices de redacción se lavaban las manos o hacían todo lo contrario de lavárselas...”*⁵.

El incidente fue tan grave que “desde aquel día no volvió a ocuparse de política y, retirándose a Segovia para reponer su quebrantada salud, entregóse en absoluto al cultivo de la literatura”⁶. Aunque esta afirmación de Mariano Catalina no se verificó totalmente, pues nuestro autor volvería de nuevo al campo de la política, si bien con otros modos, lo cierto es que este suceso fue providencial y así lo interpretó él mismo desde su óptica cristiana.

Puede decirse que, al llegar a esta edad, la personalidad moral de Pedro Antonio estaba forjada y definida. Los acontecimientos posteriores (estrenos literarios, Guerra de África, viajes diversos, actividad diplomática, matrimonio y vida de hogar) no hicieron sino acentuar y perfeccionar su mentalidad, ya formada dentro de una línea cristiana tradicional; mentalidad que recuperó tras el paréntesis de aquel año “revolucionario”.

2. LA INTENCIONALIDAD MORAL.

Para conocer el pensamiento de una persona no hay nada mejor que su propio testimonio. Cuando éste, además, no está viciado por la hipocresía o por cualquier pasión desbordada, la importancia de este factor es decisiva. Así ocurre con Pedro A. de Alarcón, del que conservamos una valiosísima obra autobiográfica. Me refiero a **Historia de mis libros**, fechada en Madrid el 1.º de Noviembre de 1884, cuando nuestro autor contaba 51 años. A esta edad, sintiéndose en la etapa final de su vida (!) Alarcón hace su “testamento literario”, “testamento —afirma— que pienso escribir con la religiosa sinceridad correspondiente a toda confesión, y sin dar oídos para nada al agravio, a la vanidad ni a la conveniencia”⁷. Y, a fe, que acertó en sus previsiones y fue oportuna su “confesión”, pues fallecería bien pronto: siete años después.

Pues bien, en esta obra abundan las declaraciones sobre la intención moralizadora de sus escritos. No es posible reproducir todas las citas sobre el tema. Basten, como muestra, las siguientes.

Ya, de comienzo, hace Alarcón una solemne afirmación: “...jamás contribuí, directa ni indirectamente, a la ruina del idealismo en España, ya que no bastasen mis escritos, por falta de mérito exterior, a libertar a nuestro siempre descuidado país de los estragos de la impiedad y del mal gusto”⁸.

⁵ *Ibidem*, cap. VIII.

⁶ MARIANO CATALINA: *Biografía de Pedro A. de Alarcón*, Madrid, 1905. Incluida en O.C., pág. 1904.

⁷ *Historia de mis libros*, en O.C., pág. 3.

⁸ *Ibidem*, pág. 3.

Más adelante, al hablar de sus Poesías, concluye sus anotaciones con la siguiente declaración: "En cambio me puedo ufanar, y me ufano, de que en ninguna de mis composiciones poéticas hay nada contra las buenas costumbres ni contra las sanas doctrinas..."⁹.

Hay otra cita interesante en esta obra (**Historia de mis libros**) porque afirma rotundamente la continuidad del pensamiento moral de Alarcón. Cuando habla de sus dos obras-reportaje (**Diario de un Testigo** y **De Madrid a Nápoles**) escribe lo siguiente:

*"Conviéneme, de todos modos, hacer constar hoy que las dos últimas obras de mi primer período literario... expresaban con suma claridad y energía, las mismas ideas religiosas, morales, de gobierno, didácticas y de todo orden con que reaparecí el año 1874 en el palenque de las bellas letras. No se operó, pues, en mi ánimo conversión alguna durante el citado paréntesis puramente político, como dieron en afirmar censores recién salidos del cascarón, cuando publiqué **La Alpujarra** y **El Escándalo**"*¹⁰.

Ilustra después su afirmación con algunos ejemplos y concluye de la siguiente manera:

*"No nos hagamos ilusiones. La variación ocurrida... no se ha verificado en mi espíritu, sino en el de una gran parte de la Nación, o, cuando menos, en las cosas políticas y sociales; en los hechos, en las leyes, en las costumbres. Yo, en 1874, era el mismo que en 1862; pero España era muy diferente. En medio estaba toda la Revolución de 1868. Antes de aquella revolución, ser cristiano católico apostólico romano no implicaba impopularidad a los ojos de nadie... Por eso nadie me hizo la guerra durante mi primera época literaria, aunque todas mis obras respirasen, como respiraban, espiritualismo, religiosidad, culto a Jesús crucificado y a su moral divina. Pero vino la revolución: estallaron todas las pretensiones del racionalismo alemán y todos los rencores contra la Religión cristiana... Y aquí tenéis explicado, con toda claridad, por qué en 1874 me atrajeron la nota de neocatólico, teócrata y oscurantista..."*¹¹.

La cita es larga, pero merece reproducirse íntegramente por su valor testimonial en un tema sobre el que no siempre se ha opinado con acierto.

Muy interesante resulta también, a este propósito, lo que Alarcón afirma en el capítulo siguiente, dedicado a **La Alpujarra**. Omito la cita completa, por falta de espacio, pero recomiendo su lectura íntegra por ser enormemente clarificadora

⁹ *Ibidem*, pág. 5.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 16.

¹¹ *Ibidem*, pág. 17.

respecto del pensamiento moral y religioso de nuestro autor. No omito, sin embargo, uno de sus últimos párrafos por su especial significación:

*"...declaro, en confirmación del espíritu y la letra de **La Alpujarra**, que tan enemigo soy de un terror como de otro; que lo mismo condeno y condenaré siempre a los moriscos que martirizaban a los cristianos, que a los cristianos que martirizaban a los moriscos; que aborrezco toda violencia en materias de fe; a fuer de hijo del Evangelio, soy tolerante y liberal en el buen sentido de ambas palabras, y que dentro de esa tolerancia y ese liberalismo cabe y aconsejo una constante predicación pacífica..."¹².*

Esta preocupación, casi obsesiva, de Alarcón por justificar la moralidad de sus obras se pone de manifiesto también en las introducciones o dedicatorias con que las encabeza. A la manera de Cervantes, al presentar sus **Novelas Ejemplares**, nuestro autor se adelanta a darnos la calificación correspondiente. Así, por ejemplo, dice, al dedicar su primera novela —**El Final de Norma**— a Mr. Charles D'Iriarte:

*"Pero, gracias a Dios, el **Final de Norma**, a juicio de varios honradísimos padres de familias, puede muy bien servir de recreo y pasatiempo a la juventud, sin peligro alguno para la fe o para la inocencia de los afortunados que poseen estos riquísimos tesoros"*¹³.

Cuando dedica sus famosos **Cuentos Amatorios** a Mariano Catalina y Nazario de Calonje, se apresura a clarificar un punto que, ya desde el mismo título, podía suscitar ciertas reservas. Y dice abiertamente:

*"Mis cuentos son **amatorios** a la antigua española, a la buena de Dios, por humorada y capricho, como tantas y tantas novelas, comedias y poesías de nuestros antiguos y célebres escritores, en que, sin odio ni ataque deliberado a los buenos principios, ni aflicción ni bochorno del género humano, se describían festivamente y en son de picaresca burla, excesos y ridiculeces de estrambóticos amadores y equívocas princesas, de paganos y busconas, de rufianes y celestinas, con los chascos, zumbas y epigramas que requería cada lance; todo ello teñido de un **verdor** primaveral y gozoso, que más inducía a la risa que al pecado"*.

Y, para que no quede la menor duda, añade lo siguiente:

*"Nadie podrá desconocer que, en este punto, mis **Cuentos amatorios** no sólo no traspasan nunca los límites en que supieron contenerse Cervan-*

¹² *Ibidem*, pág. 19.

¹³ *El final de Norma*, en O.C., pág. 374.

*tes, Quevedo y Tirso, sino que rara vez llegan a sus inmediaciones... lo cual demuestra en definitiva que la tesis de mi Discurso académico sobre la moral en el arte no ha sido, como afirmaron algunos críticos, flamante convicción de mi edad madura, sino regla constante de toda mi vida literaria*¹⁴.

Precisamente cita aquí Alarcón un trabajo suyo que resulta imprescindible para el tema que nos ocupa: Su **Discurso de ingreso en la Real Academia Española**, leído el 25 de Febrero de 1877, que versa sobre la Moral en el Arte.

Para comprender mejor su alcance hay que tener en cuenta que en esta fecha Alarcón, con 44 años, había llegado a su madurez humana y literaria y que había publicado gran parte de su obra novelística, incluidos **El sombrero de tres picos** y **El Escándalo**. Pues bien, en este discurso comienza afirmando la intención moralizadora de sus escritos:

*“Refiriérome, señores, a la intención moralizadora que siempre ha guiado los cortos vuelos de mi pluma... En lo que a mí toca vuelvo a declarar que, constantemente, en todo linaje de escritos, sin excepción alguna, me he propuesto lo que he considerado (no sé si con error o sin él) útil a mi patria y a mis conciudadanos, cuando trataba de cosas políticas; útil a la familia y a la sociedad, si ensayaba la novela... es decir, siempre he tenido por norte el bien...”*¹⁵.

De esta vivencia personal arranca para defender su tesis, frente a la entonces imperante de que “el Arte... es independiente de la Moral... y de que Bien y Belleza son, por tanto, conceptos separables”. Explica después el origen de esta teoría como “protesta y refutación contra los que, exagerando las legítimas aspiraciones de un excelente deseo, sostenían que el Arte no debe ser más que una expresión religiosa”. Y, a continuación, entra de lleno en su exposición basándose en dos argumentos: 1.º, La voz de la Filosofía, que proclama la unidad entre Bondad, Verdad, y Belleza, y 2.º, El testimonio de la Historia, que demuestra cómo estos tres conceptos han caminado siempre unidos en las grandes creaciones del arte universal. Ilustra su argumentación con innumerables ejemplos, tomados de distintas épocas y culturas. Pero antes hace un inciso para clarificar el concepto de Moral y escribe:

“...para mí la Moral verdadera es la predicada por Jesucristo, la redentora del alma, la de la humanidad, la de la paciencia, la de la caridad, la del perdón de las injurias... la que nos levanta y sublima sobre el resto de los seres creados; la que vence y anula nuestros instintos brutales; la

¹⁴ *Cuentos Amatorios*, en O.C., págs. 29-30.

¹⁵ *Juicios literarios y artísticos*, en O.C. págs. 1.749-50.

*que despierta y ejercita todas las fuerzas de nuestro espíritu imperecedero*¹⁶.

Hecha esta declaración de la Moral "en sentido estricto", o sea, la Moral cristiana, amplía después el concepto, hablando de la Moral "en sentido lato" (Moral natural) a la que se refiere en su discurso. Seguidamente desarrolla su argumento con gran riqueza de datos y concluye su razonamiento de la siguiente forma:

*"Creo haber probado, señores académicos, con razones filosóficas al principio, y después con el propio testimonio de las Letras y de las Artes, que la Belleza es una incógnita metafísica como la Verdad y la Bondad, de las que nuestra limitada razón sólo vislumbra desde la tierra algunos pálidos reflejos; he intentado demostrar que estas tres ideas madres son distintas entre sí, y distintas sus esferas de acción (pero concéntricas y armónicas) de tal suerte que nunca llegan a contradecirse; y he deducido, en consecuencia de todo, que si la Moral no puede considerarse como exclusivo criterio de belleza artística, tampoco puede haber belleza artística indiferente a la Moral, a menos que se niegue la indivisible unidad de nuestro espíritu"*¹⁷.

Se enfrenta de nuevo con la famosa tesis de "El Arte por el Arte", denunciando sus negativas consecuencias, y hace después una vibrante profesión de fe en la inmortalidad del alma para concluir con estas palabras:

*"Pues que sueño es la vida, humo leve la gloria, nuestras bellezas ilusión, litigios nuestras verdades, y único bien duradero la esperanza de lo absoluto, considerad, señores, si hay razón y fundamento para que, desdiciendo los ideales finitos y buscando digno término remoto a nuestras obras, nos elevemos a la contemplación del Eterno Ser en quien juntamente residen la Suma Verdad, la Suma Bondad y la Suma Belleza"*¹⁸.

Se comprende que tal proclamación de fe, desde un estrado tan elevado como el de la Real Academia, suscitara opiniones encontradas: el entusiasmo de unos (entre ellos, Ramón Nocedal, que fue el encargado de contestarle) y la repulsa de otros, como Manuel de la Revilla, admirador y amigo de Alarcón, que reaccionó de forma muy crítica al comentar el discurso calificándolo de caída "en brazos del ultramontanismo"¹⁹.

Prescindiendo de estas reacciones, comprensibles en una época tan polémica,

¹⁶ *Ibidem*, pág. 1.753.

¹⁷ *Ibidem*, pág. 1.761.

¹⁸ *Ibidem*, pág. 1.763.

¹⁹ Citado por Fernando GUTIÉRREZ, en prólogo a "Las 10 mejores novelas españolas", Barcelona, 1959.

y del ropaje literario, justificable por las circunstancias, está clara la postura de Alarcón en materia tan delicada: el verdadero Arte es inseparable de la Moral. Y está bien explícita su postura gallardamente cristiana, aun a sabiendas de las críticas que iba a suscitar.

3. ALGUNOS EJEMPLOS.

En la imposibilidad de descender a un examen minucioso del tema en cada una de las producciones alarconianas —ni siquiera de las más sobresalientes— me limito ahora a exponer algunos ejemplos que, en cierta medida, nos sirvan de ilustración sobre la materia. Ya, en las citas anteriores, ha quedado clara la fe profunda de nuestro autor en las verdades cristianas. Pero añadamos otros datos.

Actitud ante la Iglesia.

Entre las innumerables alusiones dispersas en sus obras, destaca la profunda impresión que le produce a Alarcón la Basílica de S. Pedro. Al recogerse en su hotel tras la visita (era el 23 de diciembre de 1860) resume sus impresiones así:

“Vengo de ver la Basílica de San Pedro, la catedral de Roma, la catedral del mundo... Pudiera añadir más: pudiera añadir que vengo de ver, materialmente representada, aquella IGLESIA, congregación y hogar de los fieles, a la que se refería Jesús cuando dijo al Príncipe de los Apóstoles: Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam... Ya no vacilo en asegurar que, de todas mis emociones de hoy, la más íntima y avasalladora era la producida por la excelsitud moral de aquellos lugares, por su altísima significación histórica, por lo que representaban sobre la tierra...”²⁰.

Alarcón, a sus 27 años, no es un creyente superficial. Sabe descubrir, bajo la corteza artística del primer templo cristiano, la realidad misteriosa de la verdadera Iglesia. Y habla de ella con amor de hijo. Lo cual no le impide criticar sus defectos, como ya lo hiciera antes, en 1854, al escribir un artículo sobre el lujo del clero, que le valió serios disgustos²¹.

Sobre la misión del sacerdote.

Ya he destacado antes su actitud más que respetuosa ante el sacerdocio, herencia tal vez de sus años de Seminario. Por ello, los sacerdotes que desfilan por sus obras son tratados con verdadero afecto. Entre todos ellos sobresalen, sin duda alguna, dos, que han quedado consagrados como auténticas creaciones del genio de Alarcón: el P. Manrique, de **El Escándalo**, y D. Trinidad Muley, de **El Niño de la Bola**.

²⁰ *De Madrid a Nápoles*, en O.C., págs. 1.432-33.

²¹ MARTÍNEZ KLEISER, L.: O.c., cap. VII.

El primero, descrito admirablemente como “un clérigo de muy avanzada edad, vestido con balandrán y sotana de paño negro y alzacuello enteramente blanco...” produce en Fabián Conde tal impresión que cree estar “en presencia de San Ignacio de Loyola”²². Pero más admirable que su aspecto es su magistral actuación en la complicada trama de la novela —digna de un estudio especial— que le lleva a resolver felizmente el embrollado problema.

En cuanto a D. Trinidad Muley, “cura de misa y olla”, su descripción no tiene desperdicio. Hay que leer íntegro el capítulo IV del libro II de **El Niño de la Bola** para apreciar bien el talento de Alarcón. Pero sirva, como muestra, este párrafo:

*“Digamos, como resumen de sus cualidades positivas y negativas, que era un verdadero hombre de bien, lleno de caridad ingénita, iluminado por la palabra de Cristo... pobrísimo de humanidades, pero no de ciencia del mundo... muy escaso de imaginación, pero no de sana lógica ni de sentido común; que tal vez no sabía predicar un buen sermón sobre el dogma, pero que embelesaba y mejoraba al auditorio desde el púlpito con su paternal actitud, con sus tiernas exhortaciones al bien y con su propio ejemplo...”*²³.

También aquí la actuación del sacerdote es magnífica, frente a la arrolladora pasión del protagonista, aunque el resultado, tras un primer desenlace feliz, termine en tragedia.

El bien y el mal.

Es precisamente en esta obra (**El Niño de la Bola**) donde hay una intervención de D. Trinidad, digna de citarse, porque revela, a mi juicio, la mentalidad moral de Alarcón. En un formidable diálogo entre el sacerdote y su ahijado Manuel Venegas, dominado por un deseo irreprimible de venganza, ante las desafiantes preguntas de éste (“ Y ¿qué es el mal? ¿Qué quiere decir malo? ¿Qué quiere decir bueno? —Hace tiempo que me lo pregunto”) D. Trinidad, desde su fe sencilla pero firme, le contesta:

*“Malo... es todo lo que se hace sin alegría en el fondo del alma. Malo... es querer gozar o lucirse a costa de la dicha ajena. Malo... es temerle al dolor hasta el punto de causárselo al prójimo. Malo... es amarse uno a sí mismo más que a los que lloran demandando piedad... Bueno... es, por ejemplo, padecer con gusto para que los demás no padezcan; llorar de alegría cuando se ha quitado uno el pan de la boca para dárselo a otro; sacrificarse generosamente, perdonar... vencerse, huir, morirse para que otros vivan...”*²⁴.

²² *El Escándalo*, en O.C., págs. 485-86.

²³ *El Niño de la Bola*, en O.C., pág. 626.

²⁴ *Ibidem*, pág. 686.

Difícilmente se pueden expresar con más sencillez y acierto, de forma vivencial, estos conceptos fundamentales.

Fe e incredulidad.

El tema es frecuente en la novela moderna. En el caso de Alarcón tiene un hermoso exponente —aparte de otros que podrían citarse— en Julia, protagonista de **La Pródiga**. Mujer aristocrática, de vida turbulenta que, cuando se ve abocada al suicidio, da rienda suelta a sus sentimientos más profundos y nos lega una de las páginas más desgarradoras de la literatura española, que comienza con esta exclamación:

“¿Dónde está Dios, que no lo veo en este supremo trance? ¡Silencio y oscuridad como siempre...!”²⁵.

La cita es tan amplia y substanciosa que no es posible reproducirla, pero sí es necesario leerla para ver cómo opina Alarcón sobre este importantísimo asunto, del que depende la felicidad.

CONCLUSIÓN.

Las limitaciones que señalé al principio no permiten terminar este artículo formulando una serie de conclusiones, como sería deseable. Pero ello no me impide acabar afirmando algo que resulta evidente tras el breve recorrido que hemos hecho por la obra de Alarcón y que está al alcance de cualquier lector:

Alarcón es un escritor netamente cristiano, con una gran preocupación por la moralidad de sus obras. Su mentalidad en materia de fe y de moral se ajusta a la más pura ortodoxia. En sus escritos hay una constante exaltación del bien y una dura fustigación del mal en todas sus expresiones. Ello no es obstáculo para que afronte la realidad humana tal y como es y exponga los hechos con realismo sano, más no con el “naturalismo” que algunos de sus admiradores (entre ellos, la Pardo Bazán) hubieran deseado. Esta misma fidelidad a la realidad le hace, a veces, huir de “finales felices” y aceptar soluciones negativas a los conflictos que plantea (caso de **La Pródiga** y de **El Niño de la Bola**), pero dejando bien clara la raíz de tales desastres.

Está claro, además, como más arriba se ha demostrado, que en su pensamiento moral y religioso no hubo cambios bruscos ni contradicciones; hubo más bien una cierta evolución, propia de cualquier autor importante, y una gran libertad de movimiento que le permite mostrarse liberal o riguroso con sus personajes, sin por ello traicionar sus convicciones fundamentales. Tal vez aquí radique la razón de las acerbas críticas que hubo de soportar y de aquella “conspiración de silencio” que sufrió en sus últimos años. Pero también es posible que aquí resida una de las claves de su grandeza.

²⁵ *La Pródiga*, en O.C., págs. 826-27.